



MONTSERRAT VARELA MEJÍA

Nací en la Ciudad de México en 1981, así que algunos dicen que todavía alcanzo a ser *millennial*. Estudié teatro en el Centro de Arte Dramático, AC (CADAC), mi amado *alma mater*, y fui becaria en la Fundación para las Letras Mexicanas generación

2008-2009, en el área de Dramaturgia. Actualmente me dedico a escribir y trabajo como *office manager* en una agencia de medios.

En 2015, obtuve el primer lugar en el Torneo de Historias Mínimas José Mayoral y el segundo en 2019. Mi primer libro de cuentos fue *Milagritos*, texto artesanal de la editorial cartonera Cartopirata. Además, he participado en antologías de cuentos, tales como *Nadie ve, todos saben* de IBERO de León y *Cuentos del Sótano* de Endora Ediciones, así como en varias revistas digitales como *Almiar*, *Extrañas noches* y *La masa literaria*, entre otras. Para mantenerme «en forma», colaboro semanalmente en el proyecto de difusión literaria *Los 52 golpes*, además de trabajar en otros proyectos.

Este texto lo escribí embarazada y laborando para un despacho enorme de arquitectos: fui secuestrada. Nunca imaginé cuán vulnerable podía ser hasta ese momento ni cuán efímero es todo ante un riesgo de vida o muerte, por eso quise compartirlo.

NO ES POR AQUÍ

Las últimas semanas de embarazo se habían vuelto insoportables, sobre todo porque había tenido la grandísima idea de postergar a toda costa la incapacidad para así usarla posterior al parto. El trayecto desde mi casa hasta el trabajo nunca había sido tan largo. Marcela me presionaba con el tema de la puntualidad, pero el metro, siempre impredecible, seguido me hacía malas jugadas. No es que pretendiera incumplir o abusar de mi estado, pero con semejante panza y cantidad de gente queriendo bajar y subir de los vagones, tenía que cuidarme. Así que, resignada a llegar tarde una vez más, dejé pasar por lo menos cuatro trenes hasta por fin envalentonarme. Ya estaba más que acostumbrada a no tener asiento, con un brazo proteger la redondez de mi cintura y con el otro aferrarme como chango a algún poste. Sin embargo, cuando veía la oportunidad, exigía firmemente un lugar para sentarme, haciendo ponerse de pie, a regañadientes, a la chica que estuviera concentrada en su teléfono mandando mensajes o jugando o fingiendo dormir. Casi siempre se molestaban, me dirigían en silencio una mirada recelosa, pero accedían a dejarme sentar. No obstante, este día no fue el caso.

Después de casi cuarenta minutos de permanecer de pie cuidándome de no caer o ser llevada por la marea de gente apretujada, que con horror me recordaban escenas de vagones camino a Auschwitz, logré la colosal proeza de salir fuera del tren, ilesa, para de inmediato disponerme a subir y bajar, con los pies ya tremendamente hinchados, más de cincuenta escalones, hacer el transbordo final y llegar, no tan tarde, a la oficina.

Meses antes me había prensado el dedo índice de la mano derecha por intentar detener las puertas para bajar a tiempo. Había puesto mi mano justo cuando el mórbido sonido del